

JOSÉ MARÍA CARRASCAL

**AUTOBIOGRAFÍA
APÓCRIFA
DE
JOSÉ ORTEGA Y GASSET**

Marcial Pons Historia
2010

Índice

	Pág.
Nota del autor.....	9
1. A modo de prólogo.....	11
2. Infancia.....	15
3. Bachillerato.....	27
4. Universidad.....	33
5. Educación sentimental.....	43
6. Primer viaje a Alemania.....	51
7. Intermedio español.....	77
8. Segundo viaje a Alemania.....	83
9. Profesor, catedrático, casado.....	93
10. Marburgo de nuevo.....	117
11. Liga, guerra y <i>El Espectador</i>	121
12. Argentina.....	139
13. Un año movido.....	147
14. <i>El Sol</i>	155
15. Dictadura.....	173
16. República.....	217
17. Guerra.....	251
18. De emigrante en Argentina.....	267
19. Portugal.....	277
20. Volver sin regresar.....	289
Anexo.....	341

1

A modo de prólogo

Arguye escasa autoestima no haberse visto nunca tentado por dejar constancia del acaecer de uno mismo. Aunque oculta un regusto por el pasado, que me es por completo ajeno. De ahí que estas evocaciones, por llamarlas de algún modo, requieran cuanto menos una aclaración, caso de que algún día vean la luz, algo de lo que no estoy nada seguro. La autobiografía, por rigurosa que sea y más empeño que se ponga, cae siempre en las heredades de Narciso, personaje por el que no tengo la menor simpatía, aunque pertenece a nuestros mitos, puede que, incluso, a nuestra naturaleza. Contemplarse a uno mismo forma parte de los ritos de juventud, ya como afirmación de la personalidad incipiente, ya como consuelo de no ser mirado cuanto deseáramos. En la madurez, en cambio, mirarse al espejo suele ser una penitencia y, a menudo, una tortura. Pero a partir de cierta edad, y siempre que uno no caiga en la autocomplacencia, puede resultar un saludable ejercicio de autodisciplina. Es lo que voy a intentar yo aquí, siendo tan riguroso como me sea posible y tan objetivo como las fuerzas me alcancen. Es la única forma de que tenga algún valor para mí e interés para los demás, pues en otro caso se quedaría en pura anécdota, algo que siempre he detestado. Si uno no tiene nada que decir, nada interesante naturalmente, lo mejor es callarse.

Los españoles, a diferencia de los franceses, no somos muy dados a escribir memorias. Posiblemente tenga que ver con ello el hecho incuestionable de que la vida en España es a menudo un dolor, mientras que en Francia es un placer. Y siendo las memorias una forma de reconstruir lo vivido, ¿quién tiene ganas de reconstruir un dolor de muelas? Aunque conviene hacer una advertencia: en las

memorias, descomponemos el pasado para recomponerlo, pero ya a nuestro antojo. Es lo que impide equiparar memorias e historia. La historia es vida pública. Las memorias, vida privada. Y como todo lo privado, teñido por las lentes coloreadas de la subjetividad. La historia es ciencia. Las memorias, sensaciones. Para un hombre como yo, que ha hecho de la historia el epítome de su filosofía, dejarse vencer por su sosia suena a rendición. Pero las memorias tienen un valor añadido que nunca tendrá la historia: ponernos en contacto con el personaje que las narra. Tal vez lo que nos cuenta no coincida exactamente con lo ocurrido. Pero es cómo él lo ha visto y sentido. Es decir, como le hubiera gustado que ocurriese. Lo que nos da el reflejo de su verdadero ser. Los hechos pueden no ser exactos. El memorialista, sí. Y habiendo dejado tantas cosas por terminar, quisiera que al menos no quedasen dudas sobre mi persona. Suena a vanidad, cuando lo realmente vanidoso sería cerrarme a cal y canto a toda mirada ajena, para ocultar mis fallos. Pues son los fallos los que, a la postre, dan nuestra verdadera talla. Un hombre se mide por la magnitud de sus sueños. Puede incluso asegurarse que alguien que no ha fallado nunca es alguien que bien poco ha alcanzado.

Estas remembranzas son, en realidad, la relación de mis fracasos, que valen tanto o más que mis éxitos. En algún lugar he dejado escrito que las memorias son la novela en la que contamos nuestra vida con el propósito de salvar ésta, de evitar su absoluta volatilización. Queremos, agradecidos, devolver a la vida lo que ella nos ha dado, o le hemos arrancado, después de meditarlo y destilarlo. Pero me parece injusto salvar sólo lo acaecido. A medida que vamos viviendo nos damos cuenta de que, a diestro y siniestro, van cayendo, diezmadas por el destino, obras que podríamos haber hecho y acontecimientos que podríamos haber vivido, pero que la fatalidad ha querido excluir de nuestra trayectoria, pese a sernos más queridos que otros que nos hemos visto obligados a hacer. Vivimos, por lo menos, dos veces, una, nuestra vida real; otra, la de nuestros sueños. Sueños que dejan la impronta en nuestras obras, como sombras de esa otra vida que hubiéramos deseado vivir. Mis memorias, cuando lleguen, contarán, junto a mi vida objetiva, las otras que pude vivir, vidas desnucadas antes de nacer, pobres existencias que se quedaron exangües sin verse cumplidas, espectros errabundos de nuestro múltiple ser fracasado, cuyos reflejos aparecen aquí y allá por mis escritos. En este primer intento me limitaré a poner, junto a retazos de mi vida, el acompañante fiel,

desgalichado, de mi obra. De momento, nada más. Tiempo habrá de recapitulación y balance. Siguen interesándome más el presente y el futuro que el pasado. El ayer sólo me interesa como referencia del hoy y trampolín hacia el mañana. He preferido siempre —y quienes han seguido mi andadura intelectual lo saben— adelantarme a los acontecimientos en ciernes, a esperar su llegada, ya manoseados. El por-venir, por simple curiosidad o por ser aún susceptible de ser influenciado, ha requerido más mi atención que lo ya ido, imposible de alterar. Estoy todavía, por fortuna, en esa etapa. Pero precisamente por ello me doy cuenta de que no tardará en llegar el día en el que, por simple ley biológica, el pasado me atraiga de forma irresistible. Y conviene irse preparando no sea que, entonces, lejanía y nostalgia me jueguen su acostumbrada mala pasada de no dejarme ver diáfanos acontecimientos y personas, empezando por mí mismo. De ahí estas notas, a modo de estacas en la memoria, que deben marcar el derrotero de esa obra venidera. Ya sé que he dejado demasiadas cosas para el futuro. Pero ésta es fundamental, a fin de dejar constancia fehaciente de mí mismo.

Aunque me asalta la sospecha de que estas pre-memorias tengan más valor que unas memorias propiamente dichas, al contener tan sólo tronco y raíces de mi persona y trayectoria, despojados de la fronda que los envuelve. Pero eso sólo podrá saberse cuando las termine. Excusado decir que voy a guardarlas bajo no ya siete, sino setenta llaves a las que nadie más que yo tendrá acceso hasta que me decida a acometer la tarea de escribir unas memorias definitivas. Siendo mi intención destruir estos apuntes o enterrarlos en ellas, como el pintor entierra el boceto del cuadro bajo la pintura definitiva que lo recubre. Aparecerán entonces el color y los detalles que aquí faltan, pero quisiera creer que no se diferenciarán más de lo que se diferencian espíritu y cuerpo. He cumplido holgadamente los setenta años y aunque tengo tantos proyectos sobre la mesa que ésta ni siquiera se ve, el tiempo empieza a apremiar y soy consciente de que no podré realizarlos todos. De éste, sin embargo, quiero dejar constancia, aunque sea sólo como testimonio. Espero que no se tome como pedantería suponer que más de uno va a ocuparse de mi persona y obra. No todos coincidirán en su evaluación y puede que la de alguno sea negativa. Quiero añadir la mía, dando por descontado que no será la definitiva. Pero aspiro al menos a que se tome como lo que es: como la más cercana, con todo lo que ello tiene de bueno y de malo. Más, cuando a la interpretación propia de todo retrato se une la miopía inevitable del autorretrato. [...]